

PROYECTO NIEBLA

**Daniel Hernández
Chambers**



Primera edición: abril de 2014

Cubierta: Mariano Rolando

Diseño interior: Adriana Martínez

Maquetación: Adriana Martínez y Marquès S.L.

Edició: Marcelo E. Mazzanti

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2014 Daniel Hernández Chambers, por el texto

© AGE Fotostock, por la fotografía del reloj en cubierta

© 2014 La Galera SAU, por la edición en lengua castellana

La Galera SAU Editorial

Josep Pla 95. 08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

Impreso en Liberdúplex, S.L.

Ctra. BV-2249, km 7,4

Pol. Ind. Torrentfondo

08791 Sant Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-2.467-2014

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5185-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

ABRIL, AÑO 2012
SANATORIO VILABLANCA, CAMBRILS

LA muchacha alzó la vista al oír que la puerta se abría. Estaba sentada sobre el camastro, rodeando las rodillas con sus brazos, vestida con aquella especie de pijama azul claro que le habían entregado.

El hombre que entró en el cuarto, sosteniendo una carpeta en la mano, tenía unos cuarenta y cinco años y semblante serio, aunque sonreía (se notaba que sonreír le suponía un esfuerzo al que no estaba acostumbrado). Llevaba pantalones vaqueros y una elegante camisa a cuadros bajo una bata blanca.

–Buenos días.

La chica no contestó.

–Soy el doctor Cremades –dijo, al tiempo que se sentaba en la única silla de la habitación–. Y tú eres Mercedes, ¿correcto?

Mercedes asintió. Había perdido la cuenta de las veces que había tenido que dar su nombre.

Cremades la miró intensamente. En los ojos verdes de aquella muchacha distinguía miedo y confusión, y parte de su trabajo era averiguar los motivos que la hacían sentirse así.

–Dices que naciste en Madrid.

–Sí.

–Y que viviste allí hasta hace muy poco.

–Hasta que se ordenó la evacuación.

–Sí, eso es lo que tengo aquí anotado, la evacuación. ¿Adónde fuiste al dejar Madrid?

Mercedes volvió los ojos para demostrar su hastío ante la enésima repetición de las preguntas.

–Fuimos a Alicante, y allí cogimos un barco.

–El barco naufragó.

De nuevo ella asintió.

Mercedes había aparecido en una playa de la provincia de Tarragona, vagando desorientada por la orilla. Ese era el principio del informe que el doctor Cremades había estudiado a conciencia antes de entrar en la habitación. Por mucho que habían intentado hallar fallos o incoherencias en su relato, Mercedes siempre contaba lo mismo, una y otra vez. Su salida de Madrid, el viaje por carretera hasta Alicante y el naufragio.

Cremades sintió el impulso de preguntarle directamente qué la había llevado a inventar semejante historia, de quién o de qué se estaba escondiendo, de dónde y hacia dónde huía. Pero lo más probable es que si realizaba esas preguntas ella reaccionase encerrándose en su caparazón. Tenía que conseguir que confiase en él y, paso a paso, quebrar la armadura que ella misma había creado para protegerse. Cuando averiguase de qué se protegía, podría comenzar a ayudarla.

–¿Sabes qué día es hoy, Mercedes?

–La enfermera que me ha traído el desayuno ha dicho que es lunes.

–En efecto; lunes dos de abril de 2012 –el doctor subrayó las palabras que componían la fecha.

Los ojos de Mercedes trataron de mantener la mirada del doctor, pero este pudo ver cómo iban llenándose de lágrimas.

—¿Por qué lloras?

La chica no respondió, se limitó a pasar el dorso de su mano derecha por los ojos para frenar el llanto.

—Bien, Mercedes —continuó Cremades tras una pequeña pausa—, ¿hay algo más que quieras contarme? Aparte de esa historia que ya tengo en el informe.

—¿Por qué me tienen aquí? ¿Cuándo van a dejar que me vaya?

—Eres menor de edad. Estamos tratando de localizar a tu familia, algo en lo que tú no nos estás ayudando. Hasta que no la encontremos tendrás que permanecer aquí.

—Mis padres iban conmigo en el Red Dolphin.

—Red Dolphin. ¿Por qué ese nombre? ¿Por qué un nombre en inglés?

Mercedes comprendió que tampoco aquel doctor la creía; ninguna de las personas que en los últimos días habían hablado con ella la habían creído.

—El barco se llamaba así, era un buque inglés, toda la tripulación era inglesa.

El doctor Cremades carraspeó y tamborileó con la punta de los dedos sobre la carpeta.

—¿Recuerdas cuándo zarpó el barco del puerto de Alicante?

—Dos días antes de la tormenta. Nada más salir —añadió— hubo un problema con los motores, una avería, y estuvimos durante horas a merced de las corrientes.

También ese dato constaba en el expediente. La muchacha debía poseer una imaginación prodigiosa y había ideado una historia sin puntos débiles por los que pudieran descubrirla dando un paso en falso.

—Mira, Mercedes. Voy a necesitar tu colaboración para poder

Proyecto Niebla

ayudarte, ¿de acuerdo? –Aguardó unos instantes por si ella decía algo, pero no lo hizo—. Bien, piénsalo. Esta tarde volveré a verte y charlamos.

Devolvió la silla a su lugar original y salió. Tenían razón sus colegas: aquella extraña muchacha era hermética y requeriría un gran esfuerzo llegar hasta ella. Esperaba que su secretaria hubiese obtenido algún resultado positivo en las indagaciones que le había encargado.



LLOvía intensamente. Solo eran las cinco de la tarde pero parecía ya noche cerrada. El cielo sobre Londres estaba cubierto por un manto impenetrable de nubes. La gente corría a refugiarse, incluso aquellos que llevaban paraguas, y al cruzarse con aquel tipo plantado en la acera, ignorando la lluvia que empapaba su ropa, lo miraban extrañados, como si se tratara de uno de esos pobres locos que andan de un lado para otro sin comprender nada de lo que ocurre a su alrededor.

David Miller no era ningún demente. Había cruzado la calle con la idea de cobijarse de la tormenta y tomar algo caliente en el pub que había divisado en aquella esquina de Bond Street, el Jolly Roger, pero de pronto reparó en el nombre de la sala de exposiciones que tenía justo enfrente y se detuvo en seco, Random Art. El agua resbalaba por su rostro mientras recordaba. Había estado antes allí, años atrás, acompañando a su madre. Ella era fotógrafa y aquella había sido su primera exposición personal. No conseguía recordar la temática de las fotografías, era muy pequeño entonces, pero sí recordaba que aquel día también llovía, aunque no con tanta intensidad...

Un pequeño cartel sobre la puerta de cristal anunciaba la exposición que podía visitarse actualmente, una retrospectiva de la Guerra Civil española en el ciento cincuenta aniversario de su fi-

nal. David decidió entrar, aparcando por un momento su frío y su sed. Siempre que veía estampas antiguas desenterraba del fondo de su memoria la imagen de su madre, y ese día le apetecía pensar en ella.

La galería era un único salón que se internaba en las profundidades del edificio, con biombos móviles colocados formando una especie de sendero que el visitante debía seguir. Había bastante gente allí dentro, algunos silenciosos y circunspectos, otros comentando en susurros las imágenes que veían; seguramente varios de ellos habían entrado simplemente para guarecerse y pasar el rato mientras esperaban a que en el exterior escampase. En todas las paredes, incluidos los propios biombos, había colgadas láminas de diversos tamaños con representaciones de todo tipo. Soldados; milicianos; mujeres empuñando fusiles; grupos de hombres enfebrorizados subidos a la parte trasera de un camión, con el puño en alto; paisajes devastados por las bombas; cadáveres caídos en medio de un barrizal; una mujer vestida de luto sobre una tarima, lanzando proclamas; carros de combate; trincheras llenas de muertos; un niño con la cara manchada de barro mirando al fotógrafo que le retrataba...

David iba mirando las fotos una tras otra, sin excesivo interés, pensando más en su madre que en las imágenes que pasaban ante sus ojos, hasta que algo le hizo detenerse en una, en la que se mostraba una calle flanqueada por edificios en ruinas a causa de los bombardeos y una persona que avanzaba sorteando los escombros, un hombre joven... No podía ser... aquello era solo una ilusión, un efecto óptico. El rostro apenas podía distinguirse, pero aun así el parecido era muy grande... En la imagen, el hombre miraba hacia el fotógrafo con aparente intranquilidad y su mano derecha parecía buscar algo debajo de su chaqueta... Se acercó aún más, casi hasta tocar con la punta de su nariz el fino cristal que cu-

bría la lámina, provocando con ello el gruñido de otro observador a sus espaldas. No era posible... Un escalofrío recorrió su cuerpo entero, al tiempo que notaba su garganta completamente seca...

En ese momento su buscador personal comenzó a vibrar en el bolsillo de su pantalón y emitió un par de pitidos breves y agudos. Lo sacó, retirándose ligeramente de la fotografía, y vio en la minúscula pantalla luminosa un mensaje: le requerían para presentarse con urgencia en la Sede Central del Club Wells.

Todavía antes de salir miró de nuevo la instantánea. El parecido era sobrecogedor... pero resultaba absurdo. Los organizadores de la exposición se habían limitado a comentar la fotografía con un breve: 1936. Bombardeos en Madrid.

Deshizo el camino recorrido y abandonó la sala, regresando a la calle mojada por la lluvia que no cesaba.



NOVIEMBRE, AÑO 1936

ERa noche cerrada y el silencio sepulcral solo era aliviado por el motor de un furgón, que su conductor había decidido dejar encendido para marcharse en cuanto hubiesen terminado lo que habían ido a hacer allí.

La luna creciente y un manojo infinito de estrellas se esforzaban por iluminar lo que estaba a punto de suceder. Había dos hombres maniatados que habían sido obligados a descender de la trasera del vehículo y eran guiados a culatazos por otros tres individuos a unos metros de la ribera del camino, en los límites de un pequeño bosque. Uno era pelirrojo y, pese al dolor provocado por los golpes recibidos y la sangre que manaba de su nariz, mantenía una pose firme y sobria. Intentaba aparentar calma y docilidad, pero su cerebro buscaba desesperadamente una salida, una vía de escape. El otro, pequeño y corpulento, gemía, sollozaba, parloteaba incongruentemente en inglés y se movía sin cesar ignorando las órdenes de sus captores para que se estuviera quieto. Sus ojos miraban a uno y otro lado, desesperados. La mano abierta de uno de los hombres armados le impactó con fuerza en la nuca:

—¡Que te calles de una vez! ¡Y para quieto ahí!

El inglés se agachó al recibir el manotazo, intentando cubrirse por si le llegaban más, y con la voz quebrada por el miedo, el frío y la locura, balbució:

–*You can't kill me... 'cause I'm not here.*

El mismo tipo que le había arreado le pinchó ahora con la punta del cañón de su fusil, y dirigiéndose más bien al pelirrojo, preguntó:

–¿Qué mierdas dice este?

–Por favor, mi amigo está enfermo. ¡Por favor! No sé qué creen que hemos hecho, pero se equivocan. –Habló en un castellano claro y rotundo, pero embadurnado de un acento extranjero.

–Eso no es lo que nos han dicho por ahí. No nos gustan los espías.

–No pierdas tiempo dando explicaciones –dijo otro de los hombres, el que estaba al mando. Mientras hablaba, desenganchó de su cinturón una pequeña pistola y apuntó con ella hacia la cabeza del pelirrojo.

Todo sucedió muy deprisa: el dedo de aquel hombre apretaba el gatillo y sonaba el disparo; la bala recorría la ínfima distancia hasta incrustarse en la frente del pelirrojo; su compañero, de improviso, se revolvía sobre sí mismo y lanzaba un cabezazo contra el individuo que tenía más cerca sin que este pudiera reaccionar, sorprendido tanto por el inesperado ataque como por la acción impaciente de su jefe. El prisionero echó a correr internándose en la arboleda, y su cuerpo encorvado se confundió enseguida entre los troncos y las sombras nocturnas. Los tres hombres dispararon sus armas hacia el bosquecillo.

–Ve por él –ordenó el jefe al tercer hombre, el único que había permanecido callado todo el rato.

–¿Yo?

–Sí, joder, tú. Venga de una vez, se te va a escapar.

El tipo comenzó la persecución asqueado, más por no hacer enfadar a sus compañeros que por las verdaderas ganas de dar caza al fugitivo. El cabecilla dirigió una rápida mirada a su víctima, que

yacía inmóvil sobre un lecho de hierba cubierta de rocío con los ojos completamente abiertos como si mirasen hacia el cielo, a las estrellas que titilaban y se estremecían, y luego regresó al furgón.

Tras adentrarse varias decenas de metros en el bosque y comprobar que la luz de la luna no alcanzaba hasta allí, el tercer hombre se detuvo. Su respiración alterada le revelaba su nerviosismo. Miró hacia todos lados, dirigiendo su fusil a las sombras, y, por último, miró también hacia atrás, cerciorándose de que sus amigos no lo veían. Transcurrió casi un minuto de indecisión, y luego realizó dos disparos consecutivos, sin destinatario. A continuación desanduvo el camino hasta el furgón, uniéndose a los otros en la cabina del vehículo.

—¿Lo pillaste?

—Sí, ya está —mintió.



LIBRO I

HÉCTOR Y LA CIUDAD SITIADA

No hacía mucho frío, a pesar de que habían pasado ya varias horas desde que había caído la noche. Como había toque de queda, y además habían evitado las calles principales, escogiendo las más estrechas y oscuras, apenas vieron a nadie en su camino y consiguieron que nadie los viera a ellos. Luis se detuvo de repente; estaban junto a una tapia lateral del cementerio de San Isidro.

—¿Qué haces? —preguntó Héctor.

—Ya hemos llegado —se limitó a contestar su amigo. Se había empeñado en mantener un secretismo absoluto desde el principio, no les había dicho ni a dónde iban ni por qué, escudándose en la teoría de que si no lo sabían no podrían cometer el desliz de contárselo a alguien. Le gustaba hacerse el interesante, y lo había conseguido, o quizás Antonio el Mosca y Héctor se habían dejado convencer con demasiada facilidad, seducidos por el atractivo de una aventura nocturna—. Es aquí.

—¿Cómo que aquí? —gruñó el Mosca, irritándose.

—En el cementerio —aclaró Luis—, hay que saltar.

Antonio el Mosca y Héctor se miraron.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Veis por qué no quería decíroslo? Sabía que ibais a rajaros.

—Yo no me rajo.

—Pues salta.

–Salta tú primero, no te digo.

–¡Eres un cobarde, Héctor!

–¡Esperad! –terció el Mosca–. ¿Qué es lo que hay dentro, Luis?

Yo no entro ahí si no me lo dices.

–Sabía que me ibais a dejar tirado. –Luis negó con la cabeza, mostrando que se arrepentía de haberles pedido que lo acompañasen–. Volved a casa, no os necesito para nada. –Les dio la espalda y, de un salto, intentó escalar la tapia. Se agarró con las manos al borde superior y trató de subirse a pulso sin mucho éxito.

Tras unos segundos de duda, Héctor y el Mosca lo cogieron cada uno de una pierna y le ayudaron. Una vez arriba, los miró un momento sin decir nada y saltó luego al interior.

–¿Quién va ahora?

–Yo soy un poco más alto –dijo Héctor–, creo que podré trepar solo.

Entrelazó sus manos para que el otro apoyara su pie y subiera con agilidad. Después cogió carrerilla y saltó, asiéndose del borde y subiendo rápidamente. Al otro lado lo esperaban sus amigos, y detrás de ellos se abría una extensión de árboles, tumbas y esculturas funerarias envueltas en sombras. Sintió un pellizco en el estómago, como si se encogiese y se plegase sobre sí mismo, y por las caras de los otros dos supo que sentían algo similar. Un grillo rompía el silencio; por lo demás, todo parecía haberse detenido, la brisa se había quedado momentáneamente en el exterior del muro, y hasta el tiempo se había parado. Ellos mismos se habían quedado quietos mirando al frente y a los lados con cierto recelo, cosa que ninguno estaba dispuesto a reconocer en voz alta.

Por fin, Antonio el Mosca se decidió a hablar. Lo hizo en un susurro, como si no quisiese molestar a los muertos:

–¿Dónde es, Luis?

–No lo sé, hay que esperar.

—¿Esperar? ¿A qué?

—Paciencia, ya lo veréis.

Eso era mucho pedirle al Mosca. Era impaciente por naturaleza, y perdía los nervios con facilidad. Cogió por un brazo a Luis y tiró de él para que se volviese a mirarlo.

—Tú nos estás tomando el pelo. Ya vale de tonterías, ¿qué es lo que vas a enseñarnos? Yo no me quedo aquí si no lo sueltas de una vez.

—¡No levantes la voz! Pueden oírnos.

—¿Quién, los muertos?

—No, idiota.

—¿Pues quién?

Luis hizo una mueca que podía significar mil cosas distintas, y accedió a la petición de Antonio el Mosca.

—Venid y os contaré lo que sé. Este no es buen sitio. —Echó a andar hacia el interior del camposanto, con sigilo y agachándose como si temiera ser visto.

El Mosca y Héctor se miraron, un poco hartos ya de la situación, y fueron tras él, caminando erguidos, sin imitarlo. La luna, cuando se zafaba de las nubes que de tanto en tanto la cubrían, iluminaba con tesón, proyectando tétricas sombras en las que los tres chicos preferían no fijarse demasiado para no asustarse. Unos metros más allá, Luis se volvió, haciéndoles señas para que se agachasen.

—¿Por qué? Aquí no hay nadie.

—Puede que sí, y baja la voz, te digo.

—Oye, Luis, habla de una vez, que ya me estoy cansando —dijo Héctor—. Mira que el Mosca y yo nos largamos.

Luis se sentó en el borde de mármol de un gran mausoleo y les indicó que hicieran lo propio. El Mosca se sentó junto a él y Héctor justo enfrente, sobre la hierba.

—Esta mañana mi padre me ordenó que le echase una mano en la taberna —dijo. La sombra de su flequillo cubría la mitad de su cara, y parecía que tuviera un solo ojo—. Mi madre ha cogido un catarro y él no podía hacerlo todo solo. Ya sabéis que por las mañanas el ajetreo es descomunal. —Luis, como siempre, exageraba: la taberna de sus padres tenía una numerosa clientela, pero nada fuera de lo normal. A menudo sus dos amigos habían ido allí con él y nunca habían visto más de cinco o seis mesas ocupadas al mismo tiempo, aparte de los que se sentaban directamente en los taburetes de la barra para conversar con el padre de Luis mientras se tomaban el carajillo o el café solo, y últimamente la infusión de achicoria que había sustituido al café agotado. Aun así, era cierto que una persona sola no daba abasto, y no habían sido pocas las veces en que a Luis le había tocado ayudar—. Sabéis también que hay un almacén en el sótano, donde mi padre guarda la bebida, y al que se entra por una trampilla que está al fondo, en una esquina. Pues bien, mi padre me hizo bajar para coger una caja entera de botellas de vino tinto.

—No te enrolles.

—¡No me enrollo, Mosca! Estoy resumiendo.

—Venga, sigue —dijo Héctor.

—El caso es que la caja esa pesaba un quintal o más, y me costó lo suyo subirla. Me tuve que parar a descansar a media escalera, me senté en un escalón y entonces lo oí. —Los otros dos se miraron sin comprender de qué estaba hablando; Luis casi siempre se formaba un lío a la hora de contar cualquier cosa que requiriese más de tres o cuatro frases. Intentó explicarse: —Había dos tipos sentados en la última mesa del rincón, la más cercana a la trampilla del sótano. Creo que eran milicianos, pero no los había visto nunca. Hablaban en voz baja, casi cuchicheaban, pero desde donde yo estaba se los podía escuchar perfectamente. No paraban de mencionar a un

tercero, un tal Ezequiel, que por lo que decían me dio la impresión de que era su jefe. Dijeron que vendrían aquí, al cementerio, hoy después de la medianoche para esconder la mercancía.

—¿Qué mercancía?

—¡Y yo qué sé, hombre! Por eso quería venir, hablaban como si fuera un tesoro o algo así.

—¡Claro, un tesoro pirata, no te digo! ¡Luis, nos metes en cada lío!

El Mosca se puso en pie, con expresión tensa.

—Vámonos de aquí.

—¿Qué dices? ¿Ahora nos vamos a ir?

—Tú eres idiota, Luis. ¿No sabes a qué van a venir esos milicianos? La mercancía de la que hablaban será alguien al que traigan para fusilarlo. Vámonos antes de que aparezcan.

—¡Callaos los dos! —exclamó de pronto Héctor. Había oído un ruido, un zumbido distante, de motores. Primero pensó en un coche o un camión, pero enseguida miró hacia arriba y localizó las siluetas oscuras de los bombarderos en lo alto—. Aviones.

Sus amigos los vieron también. Aguantaron la respiración unos segundos, eternos, los que tardó en comenzar el estruendo que llegaba hasta ellos como el eco de una tormenta.

—Cabrones —musitó Luis entre dientes.

No tenía sentido marcharse ahora, el cementerio era el sitio más seguro de todo Madrid. Volvieron a sentarse, y esperaron en silencio, preguntándose dónde estarían cayendo esa noche las bombas.



Debió pasar un cuarto de hora o veinte minutos antes de que los estallidos dejasen de sonar. Permanecieron todo ese rato en si-

lencio, mirando en dirección a la ciudad, aunque el muro del cementerio les impedía verla. Cuando el bombardeo terminó, como impulsados por un resorte, Antonio el Mosca y Héctor se pusieron en movimiento.

—¿Dónde vais? —preguntó Luis, que seguía clavado en el mismo sitio.

—A casa, Luis. Los aviones ya se han largado.

—¿Y lo que os he contado? ¿No vamos a esperarlos?

—No vendrán, Luis. Después del bombardeo no van a arriesgarse.

—¿Y nuestras familias qué, Luis? ¿No quieres saber si están bien?

Ante eso, Luis enmudeció. Por los nervios del momento, no había pensando en ello y ahora el temor de que algo pudiese haberles sucedido a sus padres o a su hermano pequeño hizo mella en él. Sin decir nada más, fue tras sus amigos.

Pero no habían avanzado mucho cuando el Mosca se detuvo en seco y Héctor, que iba inmediatamente detrás, chocó contra él.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces?

Luis, dándose cuenta también de lo que estaba pasando, le sujetó de la camisa y tiró de él hacia abajo.

—Agáchate, ¡al suelo! —susurró, a la vez que se apresuraba a esconderse tras un árbol. El Mosca se había agazapado a cubierto de una lápida y Héctor se acurrucó detrás de él, aún sin comprender lo que ocurría.

—Están saltando —le dijo, en voz muy baja—, ¿los ves? Mira.

Miró hacia donde señalaba y vio a dos hombres ya en el interior del cementerio, y a un tercero que se unía a ellos saltando desde lo alto del muro. Uno, el más grueso, llevaba gafas y cargaba con una bolsa. Estaban a unos veinte metros de ellos, pero por fortuna no parecían haberse percatado de su presencia. Miraron un

instante a su alrededor, sin ver a los chicos, y luego avanzaron por el sendero, internándose entre las tumbas.

Luis se unió a los otros dos, eufórico, controlando el tono de su voz con dificultad:

—¡Son ellos! Vamos a seguirlos.

—Espera. Van armados. —Los tres habían visto que llevaban pistolas al cinto.

—Nos mantendremos a distancia.

—Venga, Mosca —dijo Héctor—. Para esto hemos venido, después de todo. No vamos a rajarnos ahora.

El temor que habían experimentado pocos minutos antes al pensar en el bombardeo y sus posibles consecuencias había pasado ahora a un segundo plano. En fila india, agachados casi a ras de suelo, siguieron a los tres hombres. Luis iba delante, Héctor detrás y el Mosca en último lugar. Podían oír con nitidez los latidos acelerados de sus corazones, un golpeteo frenético en sus pechos.

Los tipos se detuvieron al fin frente a una vieja estatua situada al pie de un conjunto de tumbas cercadas por una valla de hierro. La estatua estaba muy erosionada por los años y las lluvias, pero aún se distinguía con claridad que era la representación de un ángel guardián, a pesar de que la oscuridad y el lugar en que se hallaba le aportaban un aire siniestro. Los muchachos se tumbaron detrás de un conjunto similar, algo apartados pero con una perspectiva perfecta de lo que hacían los tres hombres.

Uno de los tipos se agachó delante de la figura del ángel y palpó el pedestal sobre el que se alzaba; luego, con la punta de una navaja que sacó de un bolsillo del pantalón tanteó buscando una rendija por la que introducir el filo. La encontró y, haciendo palanca, deslizó uno de los laterales, que cayó produciendo un pequeño ruido de piedra sobre piedra. Uno de sus compañeros, el

que llevaba la bolsa, se inclinó junto a él e inmediatamente volvió a levantarse, ya sin la bolsa. Por el sonido que hacía, Héctor intuía que el otro colocaba de nuevo en su sitio el lateral del pedestal. El tercero había estado todo el tiempo vigilando, mirando a uno y otro lado.

Después regresaron por donde habían venido. Habían permanecido en silencio hasta entonces, como si cada cual supiera lo que tenía que hacer, por haberlo acordado antes o por haberlo repetido de la misma forma en anteriores ocasiones, pero mientras se alejaban pudieron oír las palabras de uno de ellos:

—Tendremos que largarnos pronto.

—Sí, no deberíamos esperar demasiado, creo yo —dijo otro.

Solo cuando los vieron llegar hasta el muro y saltarlo, Héctor notó que su corazón comenzaba a tranquilizarse y los latidos dejaron de martillar sus oídos. Luis fue el primero en moverse: se puso en pie y fue hacia la estatua del ángel.

—¿Tenéis una navaja? —preguntó, agachado ya y examinando el pedestal.

No la tenían, así que se pusieron a buscar algo que les pudiese servir.

—Prueba con esto —dijo al poco el Mosca, tendiéndole una pequeña piedra, lisa y puntiaguda.

—Demasiado gorda, no cabe. ¿Quién tiene las uñas más largas? Ambos se las mordían, igual que el propio Luis.

—Déjame intentarlo a mí, que eres un torpe. —Héctor se arrojó frente al ángel y pasó la yema de los dedos por el lateral del pedestal. Se notaba suelto, pero no había manera de moverlo sin algo con lo que hacer palanca.

—¿Quién estará enterrado aquí? —preguntó de repente el Mosca, mirando el conjunto funerario.

—Una familia de burgueses ricachones —dijo Luis, con des-

dén—. ¿Quién si no se iba a gastar tanto dinero en tener una tumba bonita?

—No hay forma —murmuró Héctor, asqueado.

—Vaya par de inútiles. Quitaa, anda.

Héctor se apartó justo a tiempo de no recibir el puntapié que el Mosca lanzó contra la base de la estatua. El lateral se quebró en dos y ambas partes cayeron con un ruido que les hizo a los tres dar un respingo.

—¿Qué haces? Lo has roto, idiota.

—¿Qué más da? Sea lo que sea lo que haya ahí dentro, no lo vamos a dejar.

Quedó al descubierto una pequeña cavidad, en cuyo interior había dos sacos de tela. Luis cogió uno, provocando una amalgama de tintineos, y contuvieron la respiración mientras deshacía el nudo que lo cerraba. Al abrirlo, al principio solo vieron que algo destellaba al recibir la luz de la luna, luego ante sus ojos asombrados fue apareciendo una gran cantidad de joyas de todo tipo, collares, brazaletes, pendientes, anillos, sortijas y medallones grandes como puños.

Los tres se miraron boquiabiertos, mudos, incapaces de articular palabra.

Esta vez fue el Mosca el primero en reaccionar:

—Hay que largarse.

—¿Qué hacemos con esto? —musitó Luis, aún contemplando el contenido del saco abierto.

—Llévamoslo, ¿o qué quieres, dejarlo donde estaba? —Él mismo se agachó a coger el segundo saco—. Vamos, no se les vaya a ocurrir volver.

Salieron de allí a la carrera, y continuaron corriendo por la Pradera de San Isidro hacia el Manzanares como si el mismísimo diablo les estuviera persiguiendo.

Proyecto Niebla

A lo lejos, bancos de niebla se iban juntando entre los árboles, y varias fogatas arrojaban las sombras fantasmales de los refugiados que se apiñaban en torno a ellas, incapaces de dormir. Atravesaban el paisaje de un sueño, o de una pesadilla, cargados de joyas robadas.

